

Veamos algunas líneas de actuación que, fieles al envío de Jesús, hemos de tomar en consideración y asumir como propias a la hora de SER CRISTIANOS EN EL CORAZÓN DEL MUNDO.

- *Valoración de lo humano.* Hay mucho de positivo en el esfuerzo creador de la humanidad, en sus búsquedas y en sus logros; también en sus tanteos y en sus dudas. El Concilio Vaticano II nos ha enseñado a ser dialogantes, a ir al encuentro de las diferentes culturas y a descubrir la acción de Dios en cada una de ellas. No tengamos miedo al tiempo presente; es nuestro tiempo, el tiempo de gracia que Dios pone hoy en nuestras manos. Sepamos mirarlo y juzgarlo con amor. Sólo así lo comprendemos y lo haremos avanzar.
- *Opción por los pequeños.* A veces los llamamos los pobres, los excluidos, los que no cuentan. Son aquellos cuya dignidad no es reconocida. Y por lo mismo son maltratados y su vida peligra. Es urgente actuar en su favor. La Iglesia reconoce en ellos a su Señor. Y cuando prioriza su acción a favor de ellos está educando la conciencia social, está evangelizando auténticamente y, sin buscarlo, obteniendo el respeto y la estima de muchos.
- *Discernimiento lúcido.* No todo vale. Lo que triunfa, lo que asciende es, muchas veces, pura vaciedad. Fachada, imagen, manipulación... son expresiones mentirosas que ocultan interesadamente la realidad. El cristiano debe ser sencillo, pero despierto y cauto. Listo para discernir no sólo la mentira social, sino las trampas que le puede tender su propia debilidad personal o los intereses de su propio grupo. Y atento a los “signos de los tiempos” que le permitan ver el camino por donde Dios actúa en las encrucijadas de la historia.
- *Aportación explícita del evangelio.* No podemos callar lo que hemos visto y oído. Es decir, no podemos reservarnos la fe en nuestro interior. Por fidelidad a Jesús, por amor a los hermanos y por coherencia propia hemos de manifestar y contar y transmitir... el tesoro que hemos descubierto. No podemos no contagiar el entusiasmo de ser creyentes. Y esto no tanto como predicadores callejeros sino como ciudadanos comprometidos en sacar adelante esta sociedad, sabedores de que la “libertad” y la “igualdad” sólo son posibles desde la “fraternidad” y ésta tiene su origen en el reconocimiento de Dios Padre.
- *Cargar con la cruz.* Tarde o temprano llegará la experiencia de la cruz. No se puede plantar cara a los poderes de este mundo y

pretender que no reaccionen. Contamos con ello sin perder la paz. No será un impedimento a la evangelización; al contrario, será la prueba que certifica la autenticidad de nuestra vida. La Iglesia ha sido más ella misma en la persecución que en los laureles. Sin llegar a una situación límite, lo cierto es que cargar con las cargas de los demás tiene siempre un peso de cruz notable. El amor nos lleva a eso cada día.

- *Afianzados en el Padre.* Como Jesús. Sin Él no podemos hacer nada. Y, como el envío es comunitario, vinculados en Iglesia. La espiritualidad y el equipo son necesarios para mantenerse en el corazón del mundo sin desfallecer. La formación que va uniendo la fe y la vida nos habilita para un trabajo apostólico eficaz. Es el Espíritu que procede del Padre el que nos lo enseña todo, nos une y pone en nosotros palabras que convencen.

Estas líneas generales de actuación podemos concretarlas en los sectores en los que habitualmente desarrollamos nuestra actividad. El reciente Congreso de Apostolado Seglar (Madrid, noviembre de 2004) ha señalado en sus conclusiones algunas pistas de trabajo que responden a necesidades sentidas por nuestra Iglesia en cuanto a su labor evangelizadora. No cabe duda de que serán los cristianos laicos que viven EN EL CORAZÓN DEL MUNDO los que con su familia y su trabajo, su actividad profesional y social, su intervención en la cultura y en la política... impregnarán de sentido cristiano la sociedad de hoy y la ayudarán a avanzar en la orientación del Reino de Dios.

ACTUAR

Para la reflexión en grupo:

- ¿qué actitudes hemos de reforzar entre nosotros para crecer en talante apostólico?
- ¿qué pasos podemos dar para tener una mayor presencia en nuestro mundo?
- ¿qué decisión vamos a tomar para que nuestra comunidad sea más evangelizadora?

REFLEXIÓN DE PENTECOSTÉS

Cristianos en el corazón del mundo

La celebración de Pentecostés nos invita a acoger y agradecer el Espíritu Santo que nos ha sido dado y a plantearnos cómo estamos respondiendo al envío que, con el don del Espíritu, Jesús resucitado ha hecho a la comunidad naciente de sus discípulos. ¿De qué modo vivimos como CRISTIANOS EN EL CORAZÓN DEL MUNDO? ¿siendo luz y fermento de mundo nuevo?, ¿quizá sólo sal que no da sabor porque se mantiene al margen, sin mezclarse y diluirse en la sociedad?.

Vamos a intentar una aproximación al tema, actual y urgente como el que más, dando los pasos conocidos del ver, juzgar y actuar. En cada uno de ellos partiremos de la palabra de Jesús que iluminará y centrará nuestra reflexión.

1. “Padre, guarda a los que me has dado: están en el mundo, pero no son del mundo” (Jn 17, 11.16)

Jesús, cuando llega su hora, encomienda al Padre a aquellos amigos que le han seguido; sabe que no lo van a tener fácil, justamente por estar en el mundo sin pertenecerle, porque ahora son de Cristo. En aquel momento, en su pensamiento y su oración estamos presentes todos los que creeríamos en Él a partir del testimonio de ellos, también nosotros inmersos en la difícil situación de “estar” sin ser.

Pero ¿qué es lo que nos está pasando?. Parece como si nuestra realidad fuera la contraria: somos del mundo y no estamos en él. Somos del mundo en cuanto que participamos de la mentalidad, de los criterios y de las actitudes que predominan en él. Y no estamos en él en la medida en que nos evadimos ante los problemas, omitimos intervenciones necesarias y nuestra participación social es mínima.

¿Comodidad? ¿miedo? ¿inseguridad?. Quizá nuestra conversión a Cristo no es tan decidida y todavía dudamos de a qué señor servir. Necesitamos tomar conciencia clara de quién nos ha liberado, de quién tiene la clave de solución de los grandes problemas sociales de la

humanidad, para así decantarnos por el Reino de Dios, reconocerlo ya presente y trabajar por acogerlo y afianzarlo en nuestra tierra.

En ocasiones nos enfrentamos a nuestro mundo como sintiéndonos agredidos y reaccionamos como si nuestra comunidad fuera un grupo más que necesitase defenderse, al estilo de tantos otros colectivos. La polémica no es un modo sano de estar y menos de transmitir el mensaje.

Quizá nos encontrábamos cómodos en otros tiempos, cuando la sociedad supuestamente seguía nuestras consignas; entonces era fácil sintonizar. Pero realmente ¿había más sintonía con el evangelio?. Un cambio cultural como el que vivimos ahora nos descoloca de ciertas seguridades y de ciertas instalaciones y se convierte en reto para nuestra vocación evangelizadora. Eso puede ser saludable y en ningún caso debe apagar nuestra cordialidad entrañable hacia la gente de hoy.

La Iglesia ha nacido en contraste con el mundo y en la medida que se identifica con él pierde su original aportación. Ha vivido momentos hermosos en la confrontación, incluso en la persecución, pero no en la enemistad y en la incomprensión.

No hay lugar para el desánimo ni para la huída. Es el tiempo de la fidelidad al Amigo y a su proyecto. Jesús asume la realidad de su tiempo –y la de todos los tiempos– en todo su espesor. Y carga con ella. Y así la salva.

Se trata, pues, de estar en el mundo. De estar sin pertenecerle. ¿Cómo estar?

VER

Para la reflexión en grupo:

- ¿qué presencia tiene nuestra comunidad cristiana, más allá del templo, en el barrio, en los lugares de trabajo, de convivencia...?
- ¿cómo nos está afectando el cambio cultural que vivimos en este tiempo?
- ¿qué actitudes predominan en nuestro entorno eclesial respecto a la presencia de los cristianos en el mundo? (instalación, huída, enfrentamiento...; cercanía, participación, aportación gozosa...)

2. “Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo” (Jn 3, 16)

He aquí la clave que nos va a ayudar a situarnos correctamente. Es cuestión de amor.

En el origen está el amor de Dios que crea un mundo hermoso y bueno. Y en el camino de la historia está el amor de Dios que envía a su Hijo a recuperar ese mundo que va a la deriva. No hay actitud de rechazo o de olvido. Al contrario, hay búsqueda amorosa y comprometida. No hay condena, sino misericordia y ternura.

Ese amor se va a manifestar en toda la vida y actuación de Jesús. Su proceder es al mismo tiempo fiel a la realidad y rebosante de bondad:

- Treinta años participando de la vida de trabajo del común de los mortales, sin mayor relieve, dando por buena la vida de familia, la convivencia vecinal, el trabajo que trae el pan a casa... Son realidades básicas irrenunciables, que nos afectan a todos, sobre las que se construye vida humana personal y social.
- En su actuación pública llama la atención su estar en la realidad: parte de la vida (en la enseñanza, en las parábolas...) de modo que la gente le entiende, e incide en la vida (encuentros personales, signos de curación, respuestas certeras...) hasta el punto que deciden eliminarlo.
- Su mensaje trasciende la realidad sensible e inmediata, pero no la anula, sino que la ilumina y enriquece.
- Su trato con las personas desborda respeto, valoración, cariño, confianza...; se muestra cercano, dialogante, compasivo; en especial con los que no cuentan en la sociedad: su atención a ellos les devuelve la dignidad que les ha sido negada.
- En la confrontación con el poder del mal -evidentemente encarnado en personas e instituciones- es fuerte y pacífico; no es ingenuo y sí confiado en la fuerza del amor; es enérgico, pero no violento; y quiere salvar siempre a la persona.
- Sabe que la conversión es un proceso y tiene la paciencia realista del sembrador o del maestro.

Jesús conoce bien la realidad humana. Y la ama. No le asusta su debilidad. Ni la desprecia por sus desvaríos. Sabe que tiene curación, porque toda persona, incluso la más perdida tiene un punto por el que

se le puede ganar: es vulnerable al amor. Y esa es su apuesta decisiva: amar hasta recuperar, hasta sanar, hasta convertir, respetando exquisitamente la libertad y los procesos siempre lentos de transformación de las personas.

Pero el amor lleva a acercarse al otro, a aproximarse -y así hacernos prójimos, como el samaritano-. A convivir y a comprender. A caminar juntos. A compartir proyectos y tareas. A perdonar y a enderezar. A cargar con los errores de los otros y sus consecuencias. A aportar lo mejor de nosotros mismos.

Esto no se hace desde arriba, sino desde abajo. No se hace desde fuera, sino desde dentro. Y tiene un nombre: se llama encarnación. La encarnación, en el proyecto de salvación de Dios, no era optativa, sino necesaria: lo que no se asume no se salva. Por eso Dios se encarna en el corazón del mundo.

JUZGAR

Para la reflexión en grupo:

- ¿cómo se manifiesta el amor salvador de Dios a la humanidad?
- ¿qué criterios se desprenden del modo de actuar de Jesús para la actuación de los cristianos de todos los tiempos?
- ¿cómo valoramos, de hecho, la viabilidad y la eficacia de estos criterios hoy?

3. “Como el Padre me envió a mí, así yo os envío a vosotros” (Jn 20, 21)

Nuestro envío al mundo por parte de Jesús está en la misma línea, es como continuación del que él mismo recibió del Padre. Lo cual es muy clarificador para saber cómo hemos de proceder. Ante la impotencia o la dificultad de seguir su estilo, Jesús nos da su aliento: “**Alentó sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo**” (Jn 20, 22). En verdad no tenemos excusa, no podemos decir: no sé cómo actuar o no puedo actuar como Jesús lo haría.